

Pedro Selva

## El Afán de Sobrevivir



**C**ONOZCO personas que, sinceramente, habrían preferido no venir al mundo; la vida les parece rara, incómoda y sin objeto. Otras querrían irse, siempre que no las molestaran con la agonía, los estertores y esas tremendas oraciones que les rezan a los moribundos para ayudarlos. Una amiga mía muy inteligente y muy linda (q. e. p. d.) solía repetir, encogiéndose ante la idea de su última hora:—<sup>o</sup>¡Con tal que no me digan las letanías de la buena muerte!

Existen, aunque parezca raro, numerosas personas, en apariencia felices, poco apegadas a la tierra y dispuesta a abandonarla. Algunas se suicidan.

Pero aun a los que les importa escasamente vivir o no vivir, les interesa de un modo paradójico, increíble y vehemente, sobrevivir. Diríase que el instinto de

conservación, atenuado ante las decepciones próximas, se prolonga y traslada sus mirajes hacia el invisible.

La más grosera forma de esa ilusión es la tumba. Le debemos, sin embargo, las pirámides. La más alta, la más pura y la que tiene mayores probabilidades de conseguir su objeto y permanecer, si no allá, donde no se sabe, en la cadena de las generaciones sucesivas, es el instinto o el afán que ha contribuido a producir las obras de arte de que se enorgullece la humanidad.

Una revista francesa preguntó hace años a cierta cantidad de escritores, por qué y para qué escribían. Hubo, naturalmente, una gran proporción de respuestas humorísticas y otras destinadas, por su franqueza, su cinismo o extravagancia, a "épater le bourgeois", a causar pasmo y dejar a los lectores turulatos.

No faltó quien dijera con probabilidades de no mentir: "Para ganar dinero y divertirme". Maupassant, según aparece en sus cartas, habría podido suscribir ese motivo. Otros, sin temerle al amor propio:—"Para que me conozcan". O bien:—"Para conquistar mujeres". O, más sencillamente:—"Porque me gusta".

Sólo unos cuantos confesaron lo que está al fondo, allá, tan adentro que apenas se divisa: el deseo y la esperanza de no morir completamente, el ansia de perpetuarse siquiera en la memoria de los demás, algún tiempo.

*Esa es la verdad.*

Interrogando a los artistas, no directa y brutalmente, lo que ocasiona reacciones de puro espectáculo, sino

al soslayo y con discreción, cuesta poco advertir el interés apasionado con que miran el destino de su obra, cuando ellos ya no existan y las medidas que toman, a veces inconscientemente, para presentarse en buena postura ante los historiadores. Ese malicioso tratado de psicología que se llama 'Estrategia Literaria', donde un ironista de penetrante ojo crítico, ha estudiado cuantos procedimientos se practican o podrían practicarse para adquirir la celebridad, concede grande importancia a la política 'post mortem' y entre varios recursos, aconseja no desatender la conveniente 'elección de una viuda'. Es llevar la previsión bien lejos. Algunos escritores creen asegurarse contra el olvido, multiplicando sus volúmenes, dando a luz bibliotecas, series de libros ligados por un nexo interior, como Balzac; de ahí los 'romans fleuves', esas novelas fluviales que suelen arrastrar en su corriente, tantos a los lectores como al autor mismo, rumbo justamente hacia donde no querían ir. ¿Habrá bastantes Hombres de Buena Voluntad para seguir a los Jules Romains en sus veintiocho naves? ¡Quién sabe! Puede ocurrirle, después de todo, lo que al Abate Prévost, cuyas 'Memorias de un Hombre de Calidad' en noventa volúmenes, nadie conoce siquiera de nombre, aunque nadie ha dejado de oír, de leer y admirar de uno de sus episodios, la historia de Manon Lescaut.

En la lotería de la gloria, basta un solo boleto premiado para no morir.

Era el que deseaba Sainte-Beuve en su juventud,

cuando el 1.º de junio de 1837, escribía en la *Revista Ambos Mundos*, comentando a Millevoye: «Esa dicha que tienen ciertos poetas de alcanzar, un buen día, sin pretenderlo, un acierto de tal manera feliz, que inmediatamente arraigue en todas las memorias, merece ser envidiada y hacía decir no ha mucho, ante mí, a un buscador menos afortunado:—Oh! nada más que una novelita, un pequeño poema, una página de arte, por breves que sean sus dimensiones, pero sellada por la perfección y que jamás se olvide, he ahí lo que intento, a lo que aspiro, vanamente. Oh! nada más que una moneda de oro marcada con mi cifra y que se sume a la riqueza de las edades, a ese tesoro acumulado y ya desbordante...!» Y añadía:—Algo como «El Cementerio» de Gray, «La Joven Cautiva» de Chénier, «La Caída de las Hojas» de Millevoye. No estará demás agregar que ese «inquieto», ese «buscador menos afortunado», no era otro que el mismo Sainte-Beuve: hombre de gusto, cuando el crítico quería citarse, lo hacía así, mediante un circunloquio, sin sacarse a escena.

La ironía de la suerte quiso que, burlada su modesta aspiración y sin haber producido, en realidad, la página única, imperecedera, el crítico haya pasado a la posteridad con toda una colección de monumentos, hoy más visitados y vivientes que joyas preciosas de la época, aun las que el mismo, en lo íntimo, envidiaba. Porque son más, de seguro, los contemporáneos asiduos de las «Causeries»—la *Suma Literaria del Siglo XIX*—

que los aficionados a 'La Caída de las Hojas', 'La Joven Cautiva' o 'El Cementerio'...

Hombre de letras hasta la médula, traspasado de literatura y sagacidad, Sainte-Beuve, tenía que dar inmediatamente en el blanco al apuntar el motivo hondo y la piedra de toque de las vocaciones. Que no es sino el infatigable afán de supervivencia.

Un soneto sin mancha, como el clásico de Félix Arvers, puede realizar esa quimera acaso con más certidumbre que laboriosas colecciones de volúmenes, poemas o historias en serie. En la literatura chilena existe un caso que, seguramente, se citará con el tiempo al lado de 'Hay en mi alma un misterio y un secreto en mi vida': es el 'Alma no me digas nada', la suave e indefinible 'Canción' de Juan Guzmán, suficiente para consagrarlo en la primera línea. ¿Qué tiene ese breve poema, sordo, discreto, de ojos bajos, de voz meditativa y tono menor, que abre y cierra en su mínimo espacio un círculo eterno, resonante? No es sólo la queja de amor, un reproche de melancolía, como aparece a la superficie; hay algo más, una alianza, una amalgama fina de dolor vencido, de serenidad conquistada, de resignación, no ante lo ya muerto, sino ante lo que se ha dominado; es la cumbre de un largo proceso interior, expresada en un solo cristal que la idea, el sentimiento y la imagen habitan holgadamente, sin estrechez, como se ocupa la morada propia, hecha a nuestra medida. 'Alma, no me digas nada, que para tu voz dormida ya está mi puerta cerrada. Una lámpara encendida esperó

toda la vida tu llegada. Hoy la hallarás extinguida. Los fríos de la otoñada penetraron por la herida de la ventana entornada. Mi lámpara estremecida dió una inmensa llamarada. Hoy la hallarás extinguida. Alma, no me digas nada, que para tu voz dormida, ya está mi puerta cerrada. El drama arde entre muros de alabastro, incommovibles; la sensación de espacio y de trascurso de tiempo, de color y de ardor, se concentran en una música ingenua, no buscada, hallada se diría al primer intento, sin trazas de esfuerzo ni artificio; y hay hasta un desdoblamiento del que sufre y el que contempla su propio sufrir, como si en verdad la lámpara que 'esperó toda la vida' y la herida de la ventana y la inmensa llamarada a la que sigue su extinción. fueran un ser vivo, sepultado de pronto a nuestra vista en un tranquilo silencio, en una paz muda.

He ahí una de las más bellas y más legítimas entre las distintas maneras de sobrevivir.

Quedan otras, muchas otras.

Tener, por ejemplo, la suerte de llegar primero a un campo virgen y pasar como cabeza de fila en un género dado. Todas las historias futuras deberán empezar por ahí. O bien, apoderarse del puesto principal a fuerza de astucia, labor, constancia, insistir en una nota, ahondarla, extenderla, multiplicarla, incluso con majadería; ligarse a los intereses de un grupo o de un partido; fundar una escuela e imponerle, quiéralo o no, su propio nombre, convertir este nombre de sustantivo en adjetivo utilizable para calificar y clasificar a los otros.

También advirtió Sainte-Beuve este sendero. «Pour garder votre réputation devant la postérité—dice en una de sus *Notas*—et pour qu'elle a'etende l'essentiel est que cette postérité croie avoir besoin de vous comme type, comme exemple, comme matière continuelle et commode a citations. Cela vous perpétue plus encore que le mérite intrinsèque de votre oeuvre».

«Más aún que el mérito intrínseco...» Adviértase la partícula de veneno escéptico que el maestro colocó en la punta de su frase. Ay! basta para ubicarse decorosamente en la eternidad, sirven la suerte una destreza sin escrúpulos...

San Francisco de las Condes, Julio de 1947.